

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” –
Once días con el lema del año 2026*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Apocalipsis 21:5

Dios dice: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”

El lema anual que nos acompaña este año, es un maravilloso estímulo. Cosas viejas hay más que suficientes. El anhelo suele ser grande por dejarlo todo atrás y lanzarse hacia lo nuevo. Esto ya ocurría con los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, que habían vivido en Egipto durante cuatrocientos años (comp. Gn. 15:13). Lo que había sido su salvación en tiempos de José se convirtió en una vida de opresión. Muchos ya habían olvidado al Dios de sus padres. Y el Faraón, el rey de Egipto, había olvidado lo meritorio que había sido José para Egipto. Así, los israelitas fueron privados cada vez más de su libertad y acabaron cayendo en la esclavitud (Éx. 1:8-14).

Cuanto más se les oprimía, más crecía su anhelo de libertad. Cuando Dios finalmente les envió a Moisés y experimentaron las plagas de Dios sobre los egipcios, estaban dispuestos a seguir el llamado a la libertad. Se embarcaron en lo nuevo, aunque tuvieran que abandonar todas las seguridades y se les exigiera una confianza absoluta en Dios. (Lea Éx. 6:2-8; 12:50,51.)

También nosotros nos enfrentamos continuamente a nuevos comienzos. Nuestras iglesias y comunidades están en parte atrapadas en viejos patrones, de los que deben salir para que pueda crecer algo nuevo. Y también en nuestra propia vida existe el peligro de aferrarse a lo viejo, lo que ya no nos ayuda. A veces incluso Dios es olvidado, y con El, el amor bondadoso del Padre, el perdón en Jesús, el consuelo y el aliento del Espíritu Santo. En tales situaciones, es bueno que alguien nos diga amablemente: “¡Con Jesús todo se vuelve nuevo!”

Quizás hoy se le pida a que aliente a otra persona: “Dios hace nuevas todas las cosas” (Comp. Is. 43:18,19; 48:6b.) O orar por los demás para que les sucedan nuevas cosas. Lo fascinante es que, a través de Jesús, todo puede volverse realmente nuevo (comp. 2.Co. 5:17).



Día 2

Apocalipsis 20:1-6

Lo que ha sucedido hasta ahora

En los próximos días trataremos el contexto de esta promesa del lema anual: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”.

Si vemos una serie de televisión, el siguiente episodio comienza con “lo que ha sucedido hasta ahora”. Hoy haremos lo mismo: El lema del año se encuentra en el capítulo 21 del Apocalipsis. En los capítulos anteriores Juan describe lo que Jesús le mostró en una visión profética.

Los capítulos 6 al 20 tratan principalmente sobre los escenarios futuros del juicio. Se abren siete sellos, suenan siete trompetas, aparecen siete figuras y se derraman siete copas de ira. Cada vez acontecen catástrofes en la tierra, que traen consigo muerte y destrucción. Estas descripciones inquietantes se ven interrumpidas por fases de silencio y adoración ante el trono de Dios (Ap. 7:1 al 8:5; 11:15-19 entre otros). Porque nada se le escapa a Dios. Esto es importante tenerlo en cuenta, como lo escribe Paul Gerhardt en su canción “Encomienda tus caminos ...”: “Dios está en el gobierno y lo dirige todo bien”.

Finalmente, se describe la caída de Babilonia, una ciudad llena de maldad e impiedad (Ap. 18:1-4). Después, comenzará un reino de paz en la tierra en el que Jesús reinará por mil años. Todo el mal será desterrado porque Satanás será encadenado y ya no podrá seducir a los hombres. Al final de este tiempo maravilloso y pacífico, Satanás será liberado y se dedicará inmediatamente a cautivar a los hombres. Innumerables personas le seguirán en la batalla contra Jerusalén. Pero entonces caerá fuego del cielo y los destruirá. Finalmente, se celebrará el gran tribunal. Los hombres serán juzgados según los registros de sus vidas. También se abrirá el libro de la vida. Todos los que están inscritos en él, tienen un futuro eterno con Dios (Lc. 10:20b; Ap. 3:5).



Día 3

Apocalipsis 21:1; 22:1-5

El nuevo cielo y la nueva tierra

El mal ha sido destruido, los seres humanos han sido juzgados. Ahora comienza el tiempo singular de salvación de la gloria de Dios. Pero “tiempo” no es la expresión adecuada. Porque todo lo que se nos muestra en los últimos dos capítulos es la eternidad. Ya no hay medición del tiempo. Es el eón de la presencia ilimitada de Dios. Entonces se cumplirá lo que Isaías ya había anunciado casi 800 años antes (Is. 65:17; 66:22). Es también el eón del que Jesús habló varias veces (Mt. 12:32; Mr. 10:30; Jn. 6:51).

Este eón es fundamentalmente diferente de nuestro mundo actual. Esto requiere una nueva creación – un nuevo cielo y una nueva tierra. Y Dios morará entre los hombres (Ap. 21:2,3).

Directamente de la presencia de Dios y de Jesús que se describe como Cordero, fluye el río de agua viva (Ap. 22:1). De esto Jesús ya habló anteriormente (Jn. 4:14). Esta agua viva alimenta árboles que dan fruto todo el tiempo. Esto nos muestra de que en el nuevo mundo también habrá plantas. Y sus hojas contribuyen a la salud eterna. El profeta Ezequiel ya pudo ver esta imagen (cap. 47:1-12): para él, el templo de Jerusalén era el origen de esta agua viva. Juan ahora ve con más claridad que es el trono de Dios. En la nueva Jerusalén ya no hay templo (Ap. 21:22), así que Juan reconoce que emana del trono de Dios.

Tampoco hay más oscuridad porque Dios, su luz, vive entre los hombres en la nueva Jerusalén. El sol y la luna ya no son necesarios, no habrá días ni noches. Todos los hombres vivirán sin peligros, sin miedo y también sin cansancio.

En Apocalipsis 22:4 leemos que los hombres verán el rostro de Dios y en el versículo 5, de que junto con Él reinarán por los siglos de los siglos.

¡Que perspectiva! Solo podemos alabar y adorar a Dios.



Día 4

Apocalipsis 21:9-27

La eterna Jerusalén

Juan nos describe con asombroso detalle cómo es la nueva Jerusalén en el mundo eterno. Viene directamente de la realidad de Dios hacia la nueva tierra recién creada. Resplandece y brilla con una intensidad fascinante que Juan solo puede comparar con oro puro, el cristal inmaculado y una multitud de piedras preciosas. Es la gloria de Dios y Jesús, la luz, lo que provoca este resplandor y este brillo. Donde habita Dios mismo, solo puede haber luz y una belleza inconcebible.

La ciudad es muy grande, un cubo con tres lados iguales de 2300 kilómetros cada uno. Esto muestra que el número de personas salvadas por la sangre de Jesús será correspondientemente grande. Por la misericordia de Dios, habrá más personas de lo que podemos imaginarnos.

La ciudad está rodeada por un muro que descansa sobre un fundamento de doce piedras preciosas, que llevan inscritos los nombres de los doce apóstoles. En cada uno de los cuatro lados hay tres puertas, cada una con los nombres de los doce patriarcas de Israel (comp. los 24 tronos de los ancianos en Ap. 4:4). Esto nos muestra que los habitantes son personas salvadas, judíos y cristianos. Estas puertas están siempre abiertas. Como ya no hay una noche amenazante, las puertas nunca tienen que cerrarse. Los habitantes de Jerusalén pueden salir de la ciudad y entrar cuando quieran. Porque gozan de todos los derechos y libertades civiles. Juan incluso los describe como reyes (Ap. 21:24; comp. Ap. 1:6; 5:10).

Sobre un detalle Juan se asombra: En esta ciudad eterna ya no hay un templo. No se necesita un santuario, porque el trino Dios mismo vive en medio de esta ciudad. Toda la eternidad está llena de su gloria y todos los habitantes están unidos con Él en continua adoración y alegría. ¡Ya hoy podemos estar unidos con nuestro Señor siempre y en todo lugar, porque Jesús vive en nosotros por el Espíritu Santo! (Lea Gá. 2:20; Col. 1:27.)



Día 5

Apocalipsis 21:1-4; 22:1-5

Vivir con Dios

Qué afirmación poderosa: Dios habita en medio de sus seres queridos. Las traducciones “tienda” o “tabernáculo” (Ap. 21:3) son engañosas en este contexto; debe ser “vivienda”. Porque no se trata de una presencia temporal, sino de la comunión permanente de los redimidos con su Señor. Lo que Adán y Eva experimentaron en el paraíso, ahora se aplica a todos los que están inscritos en el libro de la vida y que por lo tanto viven en la Jerusalén eterna.

Lo que antes estaba reservado solo a los ángeles y a los seres celestiales alrededor del trono de Dios, será concedido a todos nosotros en la eternidad: ¡podremos ver el rostro de Dios! (Mr. 5:8; 1.Co. 13:12). Juan lo describe como un rostro resplandeciente. Así se cumple lo que desde los tiempos del sumo sacerdote Aarón se promete a los israelitas y también a nosotros en muchos servicios religiosos cristianos: “Que el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y te conceda su gracia” (Nm. 6:25 trad.libre).

A la luz de la gracia, todas las lágrimas se secarán definitivamente y se transformarán en alegría. Quizás podamos imaginarlo así: en la eternidad el Señor tomará en su regazo a cada uno de sus amados hijos. En esta atención personalizada, las lágrimas de decepción y dolor que hemos derramado en esta vida serán contempladas con amor y luego enjugadas. Porque ahora nos espera algo completamente diferente.

En la nueva tierra recién creada, se nos ha encomendado reinar con el trino Dios (Ap. 22:5). Entonces se hará realidad la misión original de la creación del ser humano. “Esto incluye, por tanto, el dominio benéfico y protector sobre los animales y las plantas. Incluye el cuidado y el comportamiento comunitario dentro del conjunto de los redimidos, ya que todos los redimidos reinarán. No debemos olvidar que todo esto ocurre bajo el gobierno supremo del Dios trino (comp. 1.Co. 15:28) y se sitúa en la perspectiva de la eternidad. No se puede hablar aquí de “dominar” en el sentido habitual del término” (G. Maier).



Día 6

Apocalipsis 21:5-7; 22:12-14

Jesús el Alfa y la Omega

Dos veces Jesús se llama a sí mismo el Alfa y la Omega. Estas son la primera y la última letra del alfabeto griego. Jesús, que es la Palabra de Dios en persona (Jn. 1:1-3), representa cada letra, cada palabra de la Biblia. Al mismo tiempo, todo ha sido creado por medio de esta Palabra.

Todo viene por medio de Jesús, el principio de la primera creación, y todo tiene su meta en Jesús, en la eternidad. Jesús exclamó en la cruz: “¡Consumado es!” (Jn. 19:30), lo que significa: “¡Se ha alcanzado la meta!” El que se aferra a Jesús, el principio y el fin, alcanzará también la meta con Él. ¡Qué alegría!

Así lo expresó también Johann Ludwig Konrad Allendorf en su canción:

*“Jesús ha venido, motivo de alegría eterna,
El Alfa y la Omega, el principio y el fin están aquí.
La divinidad y la humanidad se unen;
¡Creador, cómo te acercas tanto a nosotros los seres humanos.
Cielo y tierra, decidlo a los paganos:
Jesús ha venido, motivo de alegría eterna”.*

Todos los hombres tienen la libre decisión durante su vida si quieren experimentar esta alegría, si quieren alcanzar este objetivo a través de Jesús. Juan escribe: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad” (Ap. 22:14). Los vestidos se pueden lavar solo en la sangre del Cordero Jesús (Ap. 7:14). Para esto no contribuimos en nada, solo aceptamos que Jesús murió por nuestros pecados. Entonces recibimos nuestra herencia, la gran recompensa, poder estar siempre junto con Dios. ¡Ese es nuestro único y más importante objetivo en la vida! Todo lo demás es secundario. Si estoy sano, si hago carrera, si construyo una casa, si ayudo a otras personas, o si ... Lo único que realmente importa es que Jesús es el Alfa y la Omega en mi vida.



Día 7

Apocalipsis 22:6-10,16-21

El mensaje confiable

Al principio y al final del libro del Apocalipsis, Juan se revela como quien recibió este mensaje de Jesús. No son fantasías humanas, sino revelaciones dadas por Dios. Podemos tener plena confianza en eso. Especialmente porque Jesús mismo enfatiza que no se debe añadir ni quitar nada a esta Escritura (vs. 18,19). Más bien Jesús declara bienaventurados a todos los que guardan la profecía de este libro (v.7).

Guardar significa creer en las palabras de Dios, obedecerlas y protegerlas de la falsificación. Esto no es tan fácil hoy en día, cuando incluso en nuestras iglesias se omiten secciones enteras de la Biblia, y que para algunos la Palabra de Dios les parece demasiado dura. Pero con ello estas personas corren el riesgo de perder todo el mensaje salvador. Esto también significa no estar con Dios en la eternidad. Porque en cuanto los cristianos comienzan a ignorar o a discutir partes de la Biblia, pierden todo el mensaje de Dios. (Comp. Dt. 4:2; Pr. 30:5,6.)

Debido al mensaje confiable de las Escrituras, estamos aún más invitados a acercarnos a Jesús y a tomar del agua de la vida (Ap. 22:17; Is. 55:1; Jn. 7:37; Ap. 21:6). Así, sin pagar, sin nada a cambio. Porque la fuente de la vida eterna ya está fluyendo hacia nuestra vida terrenal. Como beneficiarios de este don, solo podemos responder: "¡Amén, ven, Señor Jesús!"

Nosotros debemos invitar a otras personas a Él. Porque el mensaje del Apocalipsis no es secreto. No debe ocultarse, sino hacerse conocido por todos (v.10). Porque el tiempo en que el Señor Jesús vuelve a nuestro mundo, se acerca cada vez más. Bienaventurado aquel que está preparado para el encuentro con el Señor Todopoderoso. Por lo tanto, ¡aprovechemos el tiempo actual de la gracia, para invitar a tantos como sea posible a la fuente de la vida que es Jesús!



Día 8

Apocalipsis 21:8; 22:15

Debemos estar afuera

En la entrada de algunas carnicerías había un cartel con figuras de perros y el texto: "¡Debemos estar afuera!" Un cartel así aparece dos veces en medio de la descripción del nuevo mundo eterno. Aquí se trata de personas, que en su vida se comportaron como "perros" y por eso no tienen acceso a la eternidad:

- Cobardes – personas que no permanecen fieles a Jesús y sucumben a la presión de los oponentes de Jesús o a las seducciones de Satanás. Quienes eligen la cobardía y la debilidad como actitud ante la vida, se perderán.
- Incrédulos – personas que deciden otra cosa y rechazan conscientemente a Jesús.
- Impíos – personas que viven deliberadamente de una manera que desagrada a Dios.
- Asesinos – personas que matan y nunca se arrepienten de ello.
- Fornicarios – personas que desprecian las buenas directrices de Dios en el ámbito sexual.
- Hechiceros – personas que practican la magia también con medios curativos, que evocan fuerzas contrarias a Dios.
- Idólatras – personas que se han unido a otras religiones y cultos.
- Mentirosos – personas que mienten deliberadamente y rechazan la verdad divina. Apocalipsis 21:27 afirma que los mentirosos nunca podrán entrar en la nueva ciudad de Jerusalén.

Todas estas personas están afuera, definitivamente no pueden participar en el mundo nuevo. Están atrapadas en el horrible lugar de la segunda muerte (Ap. 20:14,15). Lo trágico es que ellos mismos se han excluidos deliberadamente. Han escuchado el ofrecimiento de la salvación y lo han rechazado. No especulamos aquí sobre lo que sucederá en el juicio final con aquellos que nunca han escuchado el mensaje de Jesús, ¡eso lo decide Dios! Aquí se refiere a aquellos que escucharon de Jesús y, sin embargo, se decidieron en contra de Él (comp. Ro. 2:5,6). Por eso Juan lo tiene que anotar dos veces como advertencia, pero al mismo tiempo es una invitación a elegir a Jesús y el camino hacia la vida (lea 1.Co. 6:9-11; Gá. 5:16-25).

Día 9

Apocalipsis 21:5; 2. Corintios 5:17-21

“He aquí” – Dios está obrando

Después de haber considerado el contexto del lema anual en los últimos capítulos del Apocalipsis, nos ocuparemos ahora más detalladamente con el texto. Juan puede echar una mirada profética al cielo y a las cosas que acontecerán. Él ve al nuevo cielo y la nueva tierra y la nueva Jerusalén (Ap. 21:1,2). Ve un trono y oye hablar al que está sentado en él. No es ningún otro que Dios mismo. El Apocalipsis a menudo habla de Dios y Jesús al mismo tiempo. Lo que Jesús afirmó: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30), también es evidente aquí.

Como ya en el versículo 3, el discurso divino comienza con un “He aquí”. Se trata de una llamada de atención que pretende despertar un interés totalmente nuevo. Pero no como un recurso retórico, sino como una invitación a mirar con atención. Porque el mensaje es todo menos habitual. Dios confirma con palabras lo que ya ha puesto en marcha: ¡Él hace nuevas todas las cosas! Con este “He aquí” se expresa la verdad divina.

En la Biblia se usa con frecuencia la expresión “He aquí”: en hebreo *hinneh*, en griego *idou*. En el Nuevo Testamento son principalmente Mateo y Lucas quienes la utilizan a menudo. Porque la mirada del lector debe dirigirse hacia lo increíblemente nuevo lo que Dios obra en nuestro mundo a través de Jesús. Por ejemplo, cuando el ángel le anunció a María que daría a luz al Hijo de Dios (Lc. 1:31), o cuando, al morir Jesús, se rasgó el velo del tiempo (Mt. 27:51). También en el Apocalipsis de Juan aparece este “He aquí” 26 veces. Siempre hay algo nuevo, hasta entonces desconocido, que observar.

En su vida también, el Señor le exhorta a mirar detenidamente. Porque Dios también está obrando en su vida, como Pablo escribe: “estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6). Y cuando usted se siente solo, Jesús dice: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días” (Mt. 28:20).



DÍA 10

Apocalipsis 21:5; Génesis 2:4-17

"Yo hago" – La nueva creación

En este "Yo" del discurso de Dios ya resuena su nombre. Así se reveló una vez a Moisés. El nombre divino "Yahveh" significa: "Yo soy". Y este "Yo soy", Jesús también lo utiliza varias veces para presentarse a los hombres, para decirles quien es Él para ellos y que hace por ellos. El Evangelio de Juan nos transmite siete palabras "Yo soy" del Señor Jesús.

Cuando Dios dice: "Yo hago", entonces vemos: Dios mismo está obrando aquí – como lo hizo en la primera creación. La palabra para "hacer" es la misma que utiliza también la traducción griega del Antiguo Testamento en el relato de la creación: "en el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gn. 1:1). Hasta en la elección de las palabras descubrimos que es el mismo Dios que realizó la primera creación quien ahora crea una nueva tierra. Y vemos que es Dios mismo quien obra. Ningún ángel – y mucho menos ningún hombre – participa en esta nueva creación. Ella sigue siendo obra exclusiva de Dios.

Sigue siendo nuestra misión contribuir de manera responsable a la creación actual. Debemos cultivar y preservar la tierra (Gn. 2:15). Nosotros, los cristianos, debemos tomar siempre en serio esta tarea y ponerla en práctica. La protección ambiental no debería dejarse solo en manos de los partidos políticos y a las organizaciones sin fines de lucro. Esta sigue siendo nuestra misión encomendada por Dios. ¡Pero no somos creadores! No podemos salvar la creación presente para la eternidad con nuestras acciones. Porque la primera creación pasará. Esto a veces se pasa por alto, incluso en círculos cristianos. Juan informa muy claramente que la primera creación perecerá. Por eso Dios llevará a cabo una nueva creación.

¡También en usted, en su vida está actuando su Creador! Cuántas veces ha experimentado sanidad de una enfermedad. Esto siempre es un anticipo a la eternidad, donde ya no habrá más enfermedades. (Lea Lc. 6:6-10; 13:10-17; Jn. 5:1-9.)



Día 11

Apocalipsis 21:5; 1. Corintios 15:42-57

“Todo nuevo” – La resurrección a la vida

La primera creación ha pasado. La segunda creación es completamente nueva. No hay “renovación” de lo antiguo – como ya había anunciado el profeta Isaías: “He aquí que yo hago cosa nueva” (Is. 43:19a). Probablemente, Dios retoma en esta nueva creación ideas de la primera creación. Al fin y al cabo, el resultado en aquel entonces fue: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn. 1:31). Esto incluye la diversidad de los paisajes de nuestra tierra, la variedad de animales y plantas. Y también sus seres queridos. Ellos serán transformados en la nueva creación. Porque parte de la nueva creación es la resurrección de los muertos a la vida eterna (comp. Jn. 11:25,26).

Pablo explica a los cristianos en Corinto lo que esto significa para aquellos que pertenecen a Jesús. Para ellos, hay un nuevo cuerpo a través de la metamorfosis de la resurrección. Esto significa que los salvados en la Jerusalén eterna siguen siendo inconfundiblemente individuales. Por tanto, habrá un reencuentro en la eternidad para todos los que han creído en Jesús. Pero todo lo negativo que hasta ahora ha formado parte de nuestra vida humana dejará de existir: el dolor, la enfermedad, el esfuerzo físico, la tristeza y, sobre todo, ¡la muerte! (Ap. 21:4).

Esto nos muestra que “todo lo nuevo” no se refiere a una novedad temporal, sino que es una declaración de calidad. La nueva existencia en la eternidad es de una calidad inimaginablemente diferente, que solo nos quedará maravillarnos. Esto conduce naturalmente a la adoración eterna ante el trono de Dios (Ap. 4:11).

Ya ahora podemos vivir con esta certeza de que, por la fe en nuestro Señor Jesús, resucitaremos y seremos transformados. Esto nos fortalece en todos los desafíos de la vida en medio de la vieja creación.


